

RELECTURAS

Personas en la sala, de Norah Lange



Página 3

LA INTIMIDAD DE WALSH

Un espectáculo conmovedor

Página 3



GUSTAVO NIELSEN

Introducción al genocidio como práctica social

Página 4

SL

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 21 | JUEVES 26 DE ABRIL DE 2012

Una Wisława Szymborska realista

por Guillermo Saccomanno



DISCURSO EN EL DEPÓSITO DE OBJETOS PERDIDOS

Wisława Szymborska
VERSIÓN DE GERARDO BELTRÁN

Perdí algunas diosas en el camino de sur a norte,
y también muchos dioses en el camino de este a oeste.
Se me apagaron para siempre un par de estrellas, ábrete cielo.
Se me hundió en el mar una isla, otra.
Ni siquiera sé exactamente dónde dejé las garras,
quién trae mi piel, quién vive en mi concha.
Mis hermanos murieron cuando me arrastré a la orilla
y sólo algún huesito celebra en mí ese aniversario.
Salté de mi pellejo, perdí vértebras y piernas,

me alejé de mis sentidos muchísimas veces.
Desde hace mucho cerré mi tercer ojo ante todo esto,
me despedí de todo con la aleta, me encogí de ramas.

Se esfumó, se perdió, se dispersó a los cuatro vientos.
Yo misma me sorprendo de mí misma, de lo poco que quedé de mí:
un individuo aislado, del género humano por ahora,
que sólo perdí su paraguas ayer en el tránvía.

2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 26 DE ABRIL DE 2012

Wisława Szymborska

Una realista



→ GUILLERMO SACCOMANNO

En 1996, al ganar el Nobel, cuando los periodistas irrumpieron en su departamento en Cracovia, el departamento en que había vivido casi toda su vida en la ciudad donde también había pasado su existencia entera, Wisława Szymborska los recibió con galletitas, café y coñac. A pesar de su cordialidad, no quería hablar de su vida. Quienes quisieran saber acerca de ella, que la leyeran. Todo un planteo realista. El planteo de alguien que no se la cree: “Morirlo necesario, sin exagerar. / Creer lo necesario, de lo que se ha salvado. Sabemos divididos, es verdad, también nosotros. / Pero sólo en cuerpo y susurro interrumpido. / En cuerpo y poesía. / El precipicio no nos corta en dos. El precipicio nos rodea”.

En “Amor feliz” escribió: “Un amor feliz. ¿Es normal, / serio, útil? / ¿Qué saca el mundo de dos personas / que no ven el mundo? // Un amor feliz. ¿Es necesario? // El tacto y el sentido común nos obligan a callar al respecto / como si de un escándalo en las altas esferas de la vida se tratara. // Que la gente que no conoce un amor feliz / afirme que no existe un amor feliz en ningún sitio. // Con esta creencia les será más llevadero vivir y también morir”.

Szymborska no fue ajena a la historia: “Somos hijos de la época / La época es política. // Todos tus asuntos, los nuestros, los vuestros, / asuntos diurnos, asuntos nocturnos / son asuntos políticos”. Lo dice de manera directa, frontal, sin retórica ni amaneramiento: “Caminando por el bosque / pon la selva / son políticos tus pasos / sobre un fundamento político”. Híder, primero, y Stalin después, marcaron su vida. Hay que tener en cuenta también que decir Polonia es nombrar Auschwitz-Birkenau y Treblinka. La Szymborska tenía



WISŁAWA SZYMBORSKA. LA ESCRITORA Y POETA POLACA, PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1996, MURIÓ EN CRACOVIA, DONDE VIVIÓ TODA SU VIDA.

“

... A una llamada atronadora, respondo con un susurro. / Cuando callo, no lo diré nunca. Ratón a los pies de la montaña madre. / La vida dura unos cuantos rasguños en la arena.

”

diecinueve años y estudiaba Letras cuando fue testigo del exterminio: “En vagones sellados / van los nombres del país. / ¿hasta dónde irán así, bajarán alguna vez? / no pregunten, no lo diré, no lo sé. // Así es. Por el bosque va un transporte de gritos / Así es. Despierta en la noche, oigo, / eso es, el retumbar del silencio en el silencio”. No hay que pedirle a la Szymborska que eche paños fríos sobre la cuestión religiosa. Por si no queda clara su relación con Dios, allí está el poema “Noche”, un cuestionamiento, si se quiere, a la fe que le ganaba: “Isaac es encarnado en una niña / que increpa al padre que la sacrificará como prueba de su fe: “Dios finge / que entró volando sin querer / que no, que para nada es aquí, / y luego se lleva a papá hasta la cocina / para ponerse de acuerdo; / desde una

gran trompa le sopla al oído. / Y cuando mañana, apenas amanezca, papá me lleve consigo, / iré, iré / negra de odio”.

Uno podría etiquetarla cómodamente como poeta “comprometida”, pero sería un facilismo. Existencialista, en todo caso. “Cuatro mil millones de seres en esta tierra / y mi imaginación sigue siendo la misma. // A una llamada atronadora, respondo con un susurro. / Cuando callo, no lo diré nunca. Ratón a los pies de la montaña madre. / La vida dura unos cuantos rasguños en la arena.”

Durante años, la Szymborska colaboró en la revista *Vida literaria*, donde solía responder las consultas de principiantes y aficionados a la poesía. No hace mucho, a una de esas cartas supo responder: “Escribes: “Sé que mis poemas tienen muchos errores, y qué con

eso? No voy a parara corregirlos”. ¿Y por qué no? ¿Será que para ti la poesía es sagrada? ¿O tal vez la consideras algo insignificante? Ambos modos de acercarse a ella son errados, y lo peor es que liberan al neófito de la necesidad de trabajar en sus versos. Es gratificante y placentero decir a nuestros conocidos que el espíritu se apoderó de nosotros el viernes a las 2:45 p.m. y comencé a susurrarnos misteriosos secretos al oído. Lo hizo con tal vehemencia que escasamente tuvimos tiempo de anotarlos. Pero en casa, a puerta cerrada, corrigimos con albedío. Tachamos y revisamos esas expresiones que parecen de otro mundo. Los espíritus son una maravilla, pero hasta la poesía tiene su lado prosaico”.

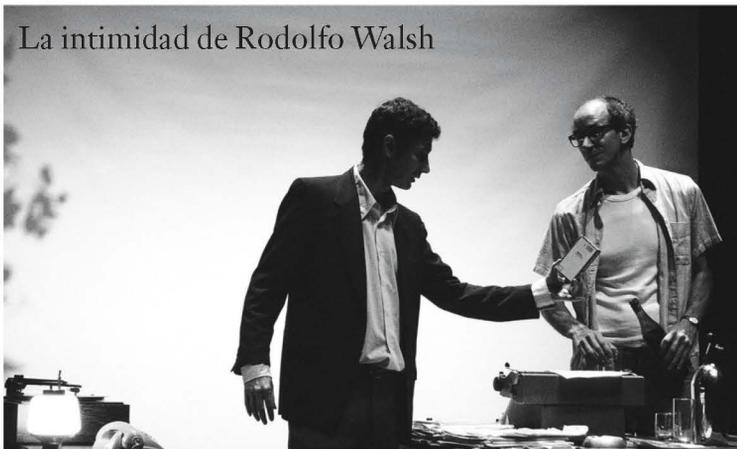
Wisława Szymborska murió en febrero pasado a los ochenta y nueve años.

En *Los hijos de los días*, el escritor uruguayo Eduardo Galeano emprende nuevamente el "largo proceso para que las palabras digan lo que tienen que decir", a través de una personal efeméride, 365 relatos brevísimos de hechos mínimos e históricos que recuperan "las voces de los que tienen voz, pero que no se oyen".

James Watt, el escocés precursor de la máquina de vapor

con sus inventos; Nazim Hikmet, el poeta reconocido turco 50 años después de muerto en el exilio; o Soledad Barrett Viedma, revolucionaria paraguaya fusilada en Brasil durante la dictadura; son algunas voces que pueblan las páginas del libro editado por Siglo XXI.

DOLORES PRUNEDA PAZ



La intimidad de Rodolfo Walsh

Un espectáculo conmovedor



OSVALDO QUIROGA

No es tarea sencilla imaginar los últimos días de Rodolfo Walsh. Sobre todo si se trata de un intelectual que supo codearse con la muerte y que hizo de su escritura un territorio de batalla. La palabra adecuada es territorio, no campo. Porque territorio supone un espacio más propio, quizá más cerrado, pero en todo caso de mayor intimidad. En *La cita*, la obra escrita y dirigida por Aldana Cal, que se presenta los jueves, en la sala teatral porteña El Kafka, Walsh está en instalada en una casa en El Tigre junto con su última mujer.

Se dedica a tareas de jardinería, sobre todo a combatir las hormigas. Hasta ese lugar llega su editor con la esperanza de que le entregue algún manuscrito destinado a la imprenta. Pero Rodolfo Walsh vive debatiéndose entre la escritura y la militancia. Su deseo era que la escritura fuese una de las formas de la acción. Quizá no percibe que lo hizo con *Operación masacre* (1957) y con tantos otros textos que atesoran su estilo inconfundible. Pero ahora, a las puertas de una cita que él no sabe que lo lle-

vará a la muerte, Walsh sólo piensa en la "Carta Abierta a la Junta Militar". No hay lugar para otra escritura. Sí hay espacio para el amor, para la reflexión y para ocuparse de ese jardín que actúa como metáfora del afuera. El irlandés (Mariano Speratti), así se lo llama en la obra, combate las hormigas para que no lo invadan. Quizá para que no interrumpan la intimidad que ha logrado con Lia (Irene Goldszer) en ese lugar apartado. Las hormigas son el afuera que en cualquier momento puede irrumpir y destruirlo todo. Al menor ruido el escritor toma su arma, pero su revólver está junto con su vieja máquina de escribir.

La joven y talentosa directora Aldana Cal quiso dar cuenta de la intimidad de los momentos previos a la última cita, esa cita envenenada que conocían los verdugos de la Esmá. El resultado es un texto conmovedor, pero también una reflexión que sintetiza toda una época. En los años 70 no fueron pocos los momentos en los que la poesía y la militancia caminaron juntos. Basta con leer los libros de cuentos de Walsh, como *Los oficios terrestres* (1965) y *Un kilo de oro* (1967), para percibir las sutilezas de un creador que jugó con la palabra hasta convertirla en un hecho vivo, casi capaz de escaparse

de sus libros y rodar por el mundo. La llegada del editor (Rubén Sabadini) le sirve al protagonista para reflexionar sobre el arte en un momento de crisis. Las preguntas que surgen son inevitables: ¿Puede la escritura convertirse en un arma eficaz para cambiar el mundo? ¿Qué debe hacer un escritor cuando una dictadura masacra a todo aquel que se le opone? Rodolfo Walsh supo ponerle el cuerpo a todo lo que hizo. Nunca pudo ser, tampoco lo quiso, un intelectual de escritorio. Incluso discrepó con las téticas y estrategias de la organización a la que pertenecía. Como el gran poeta Juan Gelman trató de que la poesía estuviera cerca del prójimo.

La bella puesta de Aldana Cal, que por momentos tiene ribetes cinematográficos, las admirables actuaciones del elenco y una escenografía que se impone cómo la adecuada para narrar esta historia, hace de *La cita* uno de los espectáculos más recomendables de la actual cartelera teatral. Sobre todo porque la mirada de la directora es sobre la intimidad de un hombre que supo amar la vida con la misma intensidad con la que deseó cambiarla. Murió peleando y escribiendo. La escritura fue su arma más contundente, la única destinada a perdurar.

RELECTURAS

Personas en la sala, de Norah Lange



MARIO GOLOBOFF

Pertenece a una primera generación argentina de ascendencia escandinava, Norah Lange nació en Buenos Aires en 1905 y falleció en 1972, participó en la Vanguardia estética y literaria de los 20, colaboró en las revistas *Prisma* y *Proa* y en la fundamental *Martín Fierro*, y publicó, en 1925, su primer libro de poemas *La calle de la tarde*, en cuyo prólogo Jorge Luis Borges sostuvo: "...vimos que su voz era semejante a un arco que lograba siempre la pieza y que la pieza era una estrella".

Personas en la sala, publicado en 1950, es, a mi parecer, su más logrado texto, y su olvido es una verdadera pena para nuestra literatura. Por su tono intimista, por la belleza de su prosa, por su textura poética. Norah Lange construye aquí una historia, que bien podríamos llamar fantástica, a partir de la observación, primero inocente, luego obsesiva, encarnizada, vigilante, ejercida por una muchacha sobre tres señoras que habitan la casa de enfrente; más que la casa, para ella, dos de las salas: el comedor y el salón. Hacia la mitad del relato consigue entrar en la propiedad, establecer con las mujeres un diálogo por demás extraño y sospechar qué las congrega, casi religiosamente, todos los días hacia la misma hora en esas piezas.

Avanzada la novela encontramos esta introspección que es como el argumento que se ha propuesto desarrollar: "Era como si construyese, lentamente, una película muda que podría durar indefinidamente; una película sin episodios ni paisajes, solamente una casa con su porción de calle necesaria, diversas personas que no se detendían mientras sus rostros transcurrían brevemente al lado de altas paredes blancas con su reluciente final de vidrios verdes, detrás de la cual ocultaba-

ban un amor o un crimen. Pero nadie las buscaba porque el delito cometido era perfecto".

La escasa aunque tensa acción transcurre en el barrio de Belgrano, calle Juramento mediante, puede calcularse que tiempo antes de los 50, una época en que la gente se desplazaba aún en coches victoria, cuando "eran pocas las familias que tenían teléfono en esa zona de Belgrano", tal vez la primera o la segunda década del siglo anterior. La protagonista narradora cuenta la historia a la vez que va construyéndola, imaginativa e imaginariamente: vemos que se va armando en su cabeza y en la realidad. Pero en una realidad que le es muy dócil, por lo que parece fruto de su imaginación ("la cosa creada" más que "la cosa cantada", como pregonó el Creacionismo de Vicente Huidobro). Avanzada la novela, todo parece fruto de esa imaginación; incluso, la existencia real de las mujeres y, por consiguiente, lo que aquella narra no parece más que una serie de vivencias o de alucinaciones interiores. Pero aún esto, de un modo apagado, ambiguo, no demasiado asertivo, y así hasta el bello final.

Personas... escenifica, sutilmente, una historia a medida que se desarrolla, no en un pasado cierto sino en un presente incierto, y el lector, congruentemente, va sabiendo los hechos a medida y en la medida que los conoce la protagonista. El relato, su escritura, ponen de relieve el papel del arte y de la literatura para crear una realidad tan potente, tan "real", como la realidad misma.

Está también una literatura fantasmática, al menos por dos razones: porque llega un momento en que el lector duda si se habla de seres reales o de sombras o de imágenes puras, y porque manifiesta, extrovierte, los fantasmas de la adolescente, sus sueños, fantasías, deseos y represiones. Es también una literatura del silencio, donde este pasa a ser no un hiato del habla sino un elemento más, y a veces esencial, del libro.

“Ella que escapa siempre, voluble, de la compañía; se levanta de la mesa, interrumpe conversaciones, va al teléfono, etc., y a quien le echa en cara sus deberes, le responde: ‘La culpa es tuya, que no sabes interesarme y obligarme a estar sentada.’”

consiste en el secreto y amoroso ‘en sí’ que cada criatura ofrece a quien sabe penetrarla? Nada, porque jamás puede realizar esa amorosa comunión.”

“Todo esto da asco.”

“¿Qué hay en suma en mi idea fija de que todo

“Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más.”



CONTRATAPA

➔ GUSTAVO NIELSEN

Introducción al genocidio como práctica social



Ojalá estos libros no existieran, no tuvieran razón de ser. Pero mientras haya genocidios en el mundo, deberán publicarse. Es nuestra obligación leerlos, escribirlos, difundirlos. Ojalá—digo, quise decir—no existieran los genocidios en el mundo.

Mariano Saravia es licenciado en Comunicación por la UNC y periodista especializado en derechos humanos. Escribió *El grito armenio* sobre la masacre perpetrada a ese pueblo y su lucha por el reconocimiento, *La sombra azul*, un relato sobre la represión en Córdoba durante la dictadura, y *Genocidios argentinos del siglo XX*, que publicó el año pasado la editorial Raíz de dos. Este último empieza con una malograda cita de Luciano Benjamín Menéndez: “Por suerte las Fuerzas Armadas sanmartinianas habían exterminado a la población indígena y de esta manera se crea una Argentina blanca y culta”.

También dijo, en la misma conferencia, que aplaudía su histórico accionar por “no permitir que a nuestro país entraran inmigrantes de raza negra, lo cual evitó que se reprodujeran, de lo contrario la Argentina sería como Brasil o Uruguay”. Mierda de tipo que se llena la boca con San Martín, un verdadero respetuoso de los pueblos originarios y afroamericanos, que le ayudaron a liberar patrias. Genocidio es el intento de eliminar a un grupo humano por cualquier motivo, desde un Estado que apepla para ello al terror.

El libro de Saravia estudia por-

menorizadamente las masacres obreras de La semana trágica (1918), la de la Patagonia del 21 y la de La Forestal, provincia de Santa Fe, en el mismo año. Después pasa a la masacre de Napalpí de 1924 contra tobas y mocovíes en el Chaco, y la de Rincón Bomba del 47 contra los indios Pilagás en la población de Las Lomitas, Formosa. El capítulo seis se ocupa del bombardeo de Rojas para matar al presidente Perón en el 55; ¡la primera vez en la historia de la humanidad que aviones militares del propio país bombardean su propia ciudad! (el antecedente de Guernica no cuenta porque los bombarderos eran alemanes aliados al franquismo). El estudio de Saravia finaliza con el terrorismo de Estado de

los 70 y su tendal de muertos. Hago una cuenta rápida con los números que se ven en el índice y la suma me da una cifra escalofriante: 34.000 cuerpos aniquilados.

El genocidio es la aberración más grande cometida por el hombre. Kant lo definió como “el más absoluto de los males”, y Hannah Arendt sostuvo el concepto de “banalización del mal”, para todos estos planes sistemáticos de eliminar compatriotas desde una maquinaria estatal. Tendemos a pensar que los que cometen estos crímenes son monstruos; sin embargo los episodios se repiten una y otra vez en la historia, y los asesinos resultan ser tan humanos como las víctimas a las que someten. Por así decirlo: perversamente humanos.

Néstor Kirchner pidió perdón por los crímenes de los 70, y fue una dignísima excepción his-

tórica. Parece que esto nunca sucede: los Estados pueden reconocer los genocidios de las otras naciones pero jamás los propios, salvo el pueblo alemán que lo tuvo que hacer por la fuerza, debido a los juicios de Nü-



remberg y a la constancia del pueblo judío. Los organismos de derechos humanos de los países se cuidan de hablar de genocidios, porque en la convención de la ONU (“los simpáticos inoperantes”, como los llamaba Mafalda) del 9 de diciembre de 1948 no entraron los motivos políticos por presión de la Unión Soviética, para que no saltaran las purgas stalinistas de millones de opositores.

El libro de Saravia también analiza los invariantes en el periplo de los genocidas. Primero, la identificación del enemigo, al que se lo etiqueta de alguna manera (comunista, gitano, sindicalista,

indígena, villero, etcétera). Segundo, se inventa un estado de guerra, adonde la correlación de fuerzas no es sopesada y en la cual suele haber muertos de una sola parte: la llamada “teoría de los dos demonios”, que disfraza el genocidio de otra cosa. Después de concretar la masacre, el genocida siempre niega todo. Si la táctica del negacionismo no tiene éxito, se tratará de minimizar las víctimas del contador. La revista *Cabildo*, de la ultraderecha católica, dice, por ejemplo, que en los años 70 no hubo 30.000 desaparecidos: a lo sumo hubo 7.000. Videla lo repitió la semana pasada en un reportaje. Para poder negar todo o parte, el genocida ha tenido que desaparecer las pruebas en enterramientos masivos sin nombre ni cruz, quemando cadáveres o sumergiéndolos en el río. El saqueo de los bienes de las víctimas y el acompañamiento de la prensa engañifa con mentiras oficialistas parece también repetirse cada vez, en un combo de horror.

